



La genialidad geográfica de la península ibérica

MANUEL DE TERÁN

Este texto fue publicado originalmente en *Geografía Universal*, Paul Vidal de la Blache y Lucien Gallois (dirs.), Barcelona, Montaner y Simón, tomo IX (Península Ibérica), 1949, págs. 3-13.

Hacia el año 630 a. de J. C., nos cuenta Herodoto que un navío griego, en ruta hacia Egipto desde las costas del Peloponeso, fue desviado por un soplo de mar hasta las de los Tartessos. Era el primer mensaje de Grecia; por primera vez Iberia era contemplada por la pupila griega. Seis centurias después Estrabón dedica el libro tercero de su Geografía a la Península Ibérica, y dice de ella: «Se parece a una piel tendida en el sentido de su longitud de Occidente a Oriente, de modo que la parte delantera mire al Oriente, y en sentido de su anchura del Septentrión al Mediodía». Por primera vez la Península fue vista, pensada y configurada desde Grecia. El símil de Estrabón, desde que su obra, a partir del siglo XVIII se tradujo y conoció entre nosotros, viene repitiéndose en nuestros libros de Geografía como figuración introductoria a nuestro conocimiento de la Península.

Una piel de toro extendida; una de las tres penínsulas meridionales de Europa; un bloque peninsular de contorno cerrado y maciza apariencia; un conjunto de altas sierras en las que mesetas y montañas dominan y señorean algunas tierras bajas de llanura: soldado a Europa, pero remachada la soldadura por una barrera montañosa en cuya crestería hay blancor de nieve; una península en el extremo sudoeste de Europa, entre el Atlántico y el Mediterráneo, finisterre europeo y puente tendido hacia el continente africano en el que sólo ha fallado la dovela de un arco. He aquí algunos de los rasgos elementales que integran nuestra representación geográfica de la Península. Añadamos aún la diversidad y el



contraste. Un continente en miniatura se ha repetido también. Paisajes hay en España que más que a un mismo continente parecen pertenecer a continentes distintos. El hayedo de Muniellos y el palmeral de Elche; los arenales de Huelva y las rías gallegas; los Montes de Toledo y las Montañas Cantábricas; el caserío vasco y el cortijo andaluz; Córdoba y Santiago, como ejemplos escogidos entre la multiplicidad de imágenes que puedan suscitarse como términos de una antítesis, ilustran esta idea. De todos estos elementos está hecha la personalidad geográfica de España, sin olvidar al hombre que en siglos de historia, de afanes y trabajos, sueño y pensamiento, ha hecho del medio natural paisaje de cultura, animado y nutrido de genialidad y savia espiritual.

De las tres penínsulas que forman la avanzada meridional de Europa, la ibérica es la de configuración horizontal más robusta y maciza, a la vez que más definida. Grecia queda absorbida por el Norte en la masa de la Península Balcánica, a su vez entroncada anchamente en el continente, y se descompone en un conjunto de penínsulas e islas. Italia es en parte continental y en parte peninsular. Los Alpes y el valle del Po quedan estrechamente vinculados al continente, mientras que la Italia peninsular se proyecta alargada y estrecha como un ariete. La Ibérica es toda ella península más allá del último de los istmos europeos.

Como península sudoccidental del continente europeo, España forma parte de este continente; pero, a la vez, participa de la capacidad para cerrarse a su comunicación, para aislarse o insularizarse.

Pero, además, nuestra península, que como uno de los dos signos de un paréntesis cierra el Mediterráneo por el Oeste, es a la vez atlántica y mediterránea, y la más próxima al continente africano, del que sólo la separan doce kilómetros en el punto más angosto del canal que la clava de Hércules abrió entre Europa y África. Circunstancias todas fecundas en consecuencias.

Entre dos continentes y entre dos mares la Península Ibérica es una encrucijada de caminos de mar y tierra. Por las depresiones del Pirineo, salvando las aguas del



Estrecho, una comunicación ha existido siempre con el continente europeo de un lado y el africano de otro. Ya en tiempos antehistóricos, la Península mantuvo relación con ambos y de ambos recibió aportación de sangre y cultura. Atravesando el Estrecho llegan a España los iberos; por el Pirineo penetran los celtas. Durante el medioevo la Península es campo de batalla en que Europa y África, Cristiandad e Islam riñen batalla. La Iberia cristiana se une estrechamente a la Cristiandad y los pasos pirenaicos conocen el trasiego de los peregrinos de Compostela, en tanto que la España islamizada, el Andalus, busca al otro lado del mar las energías con que frenar la avalancha reconquistadora.

De igual modo plantas y animales no han encontrado, ni en los Pirineos ni en el Estrecho, obstáculos insuperables para su emigración y propagación de un lado y de otro de las áreas geográficas que éstos separan.

Desde el cabo de Creus a la Punta de Europa, la mitad aproximadamente del perímetro peninsular, es litoral mediterráneo. Desde los viajes y colonización de fenicios y griegos, la Península quedó integrada en el Mundo mediterráneo y ha participado, en todo tiempo, de las experiencias, aventuras y cultura de este hogar de vida y civilización que ella enmarca por el Oeste. La dirección del movimiento en el Mediterráneo no fue siempre la del sol; momentos hubo en que la iniciativa correspondió a las tierras en que éste se pone y fue la Península generadora de pensamiento y voluntad para otros pueblos partícipes con ella de los beneficios derivados de su situación en ese privilegiado medio geográfico.

El resto de nuestras costas es oceánico. La Península es la avanzada del continente europeo en el Océano. El cabo de Roca, su extremidad occidental (9° 30' de longitud W, con referencia al meridiano de Greenwich) es a la vez extremidad occidental del continente, en poco sobrepasada por el finisterre irlandés. Fue este el factor geográfico que en unión con otros de tipo histórico hizo de la Península punto de partida para las navegaciones oceánicas que trazaron en el mar Tenebroso, hasta entonces inerte masa marina, la red de caminos de mar por los que un nuevo



continente fue descubierto e incorporado a la cultura del Occidente europeo. Desde entonces la Península tiene un nuevo frente de actuación expansiva, un nuevo lado histórico que completa su figura, al quedar constituida la encrucijada de direcciones y caminos.

Mediterránea y atlántica; más mediterránea que atlántica es la Península Ibérica, como consecuencia de su situación entre dos mares. Pero de su situación entre dos continentes no se puede deducir que sea europea y africana. Cuando se habla de las afinidades entre España y África, se trata en realidad de las existentes entre dos miembros de la familia mediterránea. Mediterráneas son la Península Ibérica y el África Menor y como mediterráneas se asemejan y traban relación; pero ni Iberia ni el Magreb son propiamente africanos. La verdadera África es la que comienza al Sur del África Menor, en el desierto sahárico, cuyas arenas, en las que los oasis hacen función de islotes, aíslan por el sur el Magrib en grado mayor que las aguas del mar lo hacen por el Norte, y unas y otras constituyen a la región de Atlas en una isla, la *Chazirat-al-Magrib* (Isla de Occidente) como dijeron los árabes. «Se dice, escribe A. Bernard, que el África empieza en los Pirineos; pero también se puede decir que Europa termina en el Sahara». Como africanos y como árabes se acostumbra a considerar muchos rasgos fisonómicos de nuestra geografía y cultura que, en verdad, lo son mediterráneos.

El viejo esquema de la división del mundo en cinco continentes, como unidades perfectamente diferenciadas y definidas, coacciona nuestro pensamiento, no dejando lugar en él para la noción de otra unidad que, constituida con fragmentos de Europa, Asia y África, se afirma con figura y personalidad propia en la Geografía y en la Historia.

Las rías gallegas y el estuario del Tajo son las únicas desgarraduras sensibles en el litoral peninsular. El resto es una costa de línea cerrada y continua, cuyos segmentos circulares se dejan fácilmente inscribir en un pentágono, y a esta simplicidad en la horizontal configuración corresponde la apariencia maciza y



robusta de su configuración vertical. Las tierras bajas, de altitud inferior a 200 metros, se distribuyen por la periferia. Reducidas a una estrecha plataforma litoral en el Norte y Noroeste, más desarrolladas en las llanuras levantinas, sólo en el bajo valle del Guadalquivir y en la parte occidental de Portugal constituyen elementos morfológicos de importancia. El resto son altas tierras, montañas y mesetas con predominio de estas últimas. De los 581.600 Km.² que ocupa la Península, 211.000 corresponden a las altiplanices centrales, que constituyen así su rasgo morfológico más acentuado y a las que debe su altitud media de 660 metros, doble de la de Europa e igual a la del continente africano. Esta circunstancia permite establecer una comparación de la Península Ibérica con las penínsulas mediterráneas no europeas, Asia Menor y África Menor, destacadas, también, como continentes de escala reducida, en la misma forma que nuestra Península, otro pequeño continente que bien podría haber sido llamado Europa Menor.

Resultado de una dramática y rica historia geológica, en la que no ha quedado experiencia por hacer, el relieve peninsular se caracteriza por la existencia de ese núcleo interior meseteño que parte en dos el Sistema Central y que amurallan como un castillo las Montañas Cantábricas, el Sistema Ibérico y Sierra Morena. Es el núcleo originario de la Península conmovida por el paroxismo herciniano, emergido desde el paleozoico, invadido por el mar durante el mesozoico y principios de la era terciaria, núcleo resistente al plegamiento alpino, rellenada, en su parte media, de un lado y otro del Sistema Central, por sedimentos terciarios que enmascaran el substratum paleozoico, el cual, arrasado y demolido, aparece al descubierto al Oeste en la penillanura extremeña.

Los plegamientos alpinos hicieron, en lo fundamental, todo lo demás: formación de los Sistemas Cantábricos, Ibérico, Pirenaico y Bético y de las fosas marginales del Ebro y Guadalquivir, cuyo fondo fue rellenado por los materiales de las montañas que los enmarcan. Al mismo tiempo todo el bloque de la meseta cambió de orientación, inclinándose hacia el Oeste y decidiendo el rumbo de los grandes ríos peninsulares con excepción del Ebro; por último, quedó abierto el Estrecho de



Gibraltar. Lo que una historia más reciente añade, no ha conseguido alterar los rasgos fundamentales de la morfología peninsular.

Estos rasgos son los siguientes: en primer lugar, la existencia de una altiplanicie interior, dominio de los páramos horizontales, modelados en arcillas y margas miocenas, disecados por la erosión de los ríos, desmantelados otras veces y reducidos a cerros residuales. La Meseta se articula en dos escalones, más elevado el septentrional, separados por la arista montañosa del Sistema Central. Los sedimentos miocenos sólo ocupan en el escalón meridional la porción oriental, mientras que al Oeste se limitan a rellenar el fondo de los ríos. Tres sistemas montañosos, el Cantábrico, el Ibérico y Sierra Morena defienden el acceso a la Meseta que sólo del lado Oeste queda relativamente abierta a la penetración desde el Océano. Tres depresiones marginales, la del Ebro, la del Guadalquivir y las tierras bajas de Portugal, forman el zócalo sobre el que la Meseta se endereza. La depresión del Ebro queda cerrada en todos sus lados, y el río, cuyo valle encuadran los Pirineos y el Sistema Ibérico, tiene que rasgar la cadena litoral catalana para alcanzar el Mediterráneo; mientras que el Guadalquivir, cuya cuenca delimitan Sierra Morena y los Sistemas Béticos, discurre fácilmente hasta el mar sin obstáculo montañoso. Por último, una faja discontinua de llanuras litorales, de irregular anchura y desarrollo, forma la aureola periférica de la Península.

Este conjunto de rasgos morfológicos ha condicionado los modos de vida, las formas de cultura y de actuación histórica de los hombres que de ellos han hecho el escenario de sus afanes y actividad.

A lo largo de nuestra historia dos tendencias diferentes se oponen y combaten; unas veces es la tendencia unitaria, que trata de reunir el conjunto de piezas que componen el cuerpo peninsular en un solo cuerpo nacional; otras la tendencia disgregatoria, que aspira a convertir las unidades físicas regionales en organismos políticos diferenciados. Ambas tendencias tienen una posible fundamentación geográfica. A la larga es la tendencia unitaria la que en forma parcial se ha



impuesto. La Península ha quedado constituida por dos unidades políticas. La unidad peninsular, hecha por Roma y rehecha por los visigodos, se rompe en la Edad Media. Un mismo espíritu y una misma intención anima a los diversos reinos cristianos; pero la Geografía se impone en forma de diversificación política que acaba por cristalizar en tres grandes unidades. Al Este el reino aragonés, al Oeste Portugal y en el centro el reino castellanoleonés, apoyado por su cabecera en el Océano. El Sistema Ibérico, cerrando el acceso oriental de la Meseta a la vez que determinando por la naturaleza de su suelo y clima un mínimo económico y de densidad de población, pudo entonces constituir una frontera natural y facilitar la diferenciación entre los dos estados hispánicos. De otro lado, los grandes ríos peninsulares, al salir de la Meseta, se encajan al cortar los pliegues hercinianos de dirección transversal a la suya, a la vez que la penillanura extremeña crea aquí otro mínimo de densidad económica y humana que más que montañas y ríos ha constituido una frontera natural. El Océano, por último, determinando precozmente la vocación marinera de Portugal, constituye otro factor geográfico de importancia decisiva.

En los tiempos modernos, Castilla y Aragón se unen, quedando hecha la unidad hispánica. La unidad ibérica sólo tuvo una vida efímera. En el ámbito peninsular ha habido espacio suficiente para la convivencia de dos unidades nacionales, de evidentes afinidades físicas y espirituales.

Sin duda la compartimentación morfológica de la Península ha influido en la tendencia localista; pero su valor no debe ser exagerado más allá de sus justas proporciones. «Las grandes montañas que de Norte a Sur recorren Cataluña, dice R. Menéndez Pidal, están muy al Este del país y no en el límite con Aragón; los cien túneles del ferrocarril del Norte no separan a Castilla de León, sino a León de Asturias; la frontera de Portugal tampoco está determinada por sierras».

Con más seguridad se puede razonar geográficamente cuando se trata, no de hechos políticos, sino de hechos de Geografía humana y económica, de modos de



vida y formas de explotación del suelo. Pero para esto no basta con el relieve, es necesario hacer entrar en juego el clima y la vegetación.

La distinción entre Iberia húmeda e Iberia seca hecha por Brunhes, valiéndose para delimitar una y otra de la isoyeta anual de 600 mm., es el rasgo más importante de la síntesis climatológica peninsular y uno de los que han de entrar en toda caracterización esquemática de su Geografía. Entre el Mediterráneo y el Atlántico, la Península se halla sometida a su doble influencia; pero, a la vez, su continentalidad, la existencia de aquel núcleo interior de altas tierras cuya penetración defienden las montañas, es factor de complejidad que contribuye a hacer de la Península un continente en miniatura. Un desnivel térmico existe tanto en invierno como en verano entre las tierras del interior y las periféricas. En el invierno el déficit térmico es causa de altas presiones, soldadas, unas veces, por sus dos extremos a los máximos de los Azores o de la Europa central, independientes otras, de ambas, dificultando siempre el acceso al interior de las borrascas oceánicas que cruzan marginalmente la península de Oeste a Este, descargando sus precipitaciones con preferencia en el Oeste, en la zona de contacto de las masas de aire oceánico con las de aire frío y seco que descienden de la Meseta. En tanto que en el verano, convertida ésta en un centro de baja presión, atrae las masas de aire periféricas que se desecan en su progresión por el interior. Con fundamento, este régimen ha sido comparado al de un país monzónico. Las consecuencias son la partición de la Península en un área menor sometida al influjo oceánico y otra mayor de débiles precipitaciones, con un mínimo que no pasa de los 200 mm. en el Sudeste. Pero la complejidad es mayor de la que hace suponer este esquema. El pequeño continente que es la Península no tiene un clima único, sino un conjunto de variedades climáticas de acusados contrastes.

Fiel reflejo de la diversidad climática es la del paisaje vegetal. Integran la flora peninsular 8.000 especies. El límite señalado entre las dos Iberias es el de dos paisajes peninsulares, el de la España verde de los bosques y praderas, de los ciclos luminosos, y el de la España mediterránea, pues el ciclo y la flora mediterránea



alcanzan el interior de España hasta el límite de la Iberia húmeda. Nuestra flora es la de la Europa occidental y central y la del Mediterráneo. Las semejanzas con África se refieren también aquí al África del Norte, con la que tenemos común el 25 por ciento de especies, mientras que con el África tropical no llega a tres. Los contrastes más acusados son los existentes entre el Sudeste y Noroeste entre los que se produce el máximo gradiente vegetal, existiendo entre ambos una extensa zona en la que se va produciendo la degradación progresiva de la vegetación mediterránea. El palmeral de Elche, el más septentrional del Mediterráneo, y las hoyas subtropicales del pie de la Penibética, constituyen en aquélla paisajes de rara originalidad, como lo es el pisano de la Serranía de Ronda. En oleadas sucesivas, a partir de este centro sudoriental, penetran en el interior de la Península otras especies. El naranjo no encuentra límite en el litoral mediterráneo, en tanto que, por el Oeste, remonta al Norte del Tajo, y en el centro se detiene al pie de Sierra Morena y en la cabecera del Guadalquivir. El esparto, por el contrario, hace un profundo entrante por el interior de la Meseta, hasta las puertas de Madrid, en el prado de Nuestra Señora de Atocha, y otro menor por el valle del Ebro. El olivo dibuja un amplio golfo en el valle del Ebro, contornea las montañas ibéricas, intenta la ascensión del Sistema Central y por el Oeste remonta todo el litoral portugués hasta el Miño. En cuanto a la vid, no reconoce límites en la Península desde las costas meridionales a las septentrionales de España, bien que en la Iberia húmeda se halla fuera de su óptimo climático. La vegetación mediterránea, representada por algunas de sus especies más características, se extiende por las tres cuartas partes de la Península, y algunas de éstas, como la encina, han encontrado difusión en toda ella. También la flora atlántica proyecta, por otra parte, oleadas invasoras sobre el interior. El haya pasa el Sistema Central. En la vertiente Sur de éste el hayedo residual de Montejo de la Sierra es el más meridional de Europa, y el abedul avanza aun más apoyado en la Serranía de Cuenca.



De todo esto resulta la variedad de paisajes agrarios de la Península y la diversidad en las formas de vida y trabajo de sus moradores. Vaqueros de las brañas cantábricas, encumbradas por encima del robledal y del hayedo, de los valles cuyo fondo tapizan el maíz, los cuadros de hortaliza y los frutales; aldeanos de las rías gallegas, que alternan a veces el trabajo en el maizal y el huerto con el manejo de las artes de pesca; labriegos de la Meseta empuñando la esteva del arado, cuya reja traza sobre la tierra los surcos paralelos que en el estío cubre la mies dorada; pastores que conducen las merinas trashumantes de las agostaderos del Sistema Cantábrico y los Núcleos Ibérico-Sorianos a los invernaderos de Extremadura y la solana de Sierra Morena; braceros del valle del Guadalquivir, los que cavan y podan las viñas, los que cosechan las mieses o varean los olivos; hortelanos de los jardines de Levante, para quienes el agua es un precioso tesoro que, captado a la salida de la montaña, una red de canales distribuye por la tierra con arreglo a usos y costumbres jurídicos que ha creado una tradición de siglos; payeses de Cataluña y Baleares, ordenando la tierra en una primorosa disposición de terrazas apoyadas en muros de piedra; madereros del Pirineo y la Serranía de Cuenca, acarreando por los ríos la madera cortada por los hacheros...

En siglos de trabajo, de acción y pensamiento, se ha hecho la humanización de las formas del paisaje natural. Cada oleada histórica ha dejado en él su huella. Alcanzó a la Península la que se ha calificado de vasta y precoz difusión de la especie humana. A un primer poblamiento paleolítico de cazadores y pescadores, habitantes de las terrazas fluviales, de las cavernas y abrigos naturales ofrecidos por el roquedo, sucedió en el Neolítico la iniciación de la agricultura y la domesticación de los animales. Entonces debió verificarse la introducción del trigo y de algunas leguminosas y del lino. Piedras de molino, hoces de pedernal atestiguan la existencia de un primitivo instrumental agrícola. Ya en los tiempos del bronce, en el poblado-necrópolis almeriense de El Argar, se nos aparece una cierta organización agrícola, con un posible sistema de riegos, que sería el primero conocido en la Península.



En la Edad del Bronce, posiblemente, verificose la introducción del carro y el arado y la asociación de la vaca a la agricultura. Los celtas, que invaden la Península hacia el año 650 a. de J. C., introducen la metalurgia del hierro y con ella un nuevo instrumental, las consecuencias de cuya utilización se harían sentir en la transformación del paisaje natural. Al mismo tiempo el litoral del Sur y Levante atraía la colonización de fenicios, griegos y cartagineses. Los primeros traen a España el granado, entre otras especies probables; los griegos enseñan a los moradores de la Península el cultivo del olivo, que en forma espontánea ya existía en la Península; los cartagineses, pueblo de notable cultura agronómica, nuevas técnicas agrícolas y tal vez el cultivo de la palmera.

Antes de la conquista de España por los romanos y de la romanización, ya el valle del Guadalquivir era paisaje de vides, trigales y olivar. Animada y rica era también la agricultura del litoral mediterráneo y de la costa atlántica hasta el Miño. En el interior de España, el bosque, el encinar especialmente, ocupaba mayor extensión que hoy; el cultivo más importante era el trigo y la ocupación económica dominante era el pastoreo. Más pobre aún era la agricultura en el Norte de España, en cuya alimentación, durante siglos, hasta la introducción del maíz, la bellota, y la castaña más tarde, tuvieron un lugar preeminente. En el litoral atlántico sudoeste existía una floreciente industria pesquera (pesquerías gaditanas con fábricas de salazones y desplazamiento a las costas occidentales de África, almadrabas lusitanas). Ya existían la minería del cobre, estaño, plata y oro, y la vida en aldeas y ciudades.

La paz romana imprime un nuevo impulso a la humanización del paisaje y a la cristianización política de la Península, cuya unificación hace. Calzadas y ciudades son las arterias y núcleos de articulación de un nuevo sistema de vida. España, provincia *frumentaria*, suministra generosamente al Imperio metales, frutos, lana, y sus hombres combaten en la defensa de sus fronteras y dan nuevo brillo a las letras latinas.



Los tres siglos de dominación visigoda no añadieron nada fundamentalmente nuevo. Continuó el sistema de explotación hispanorromano, sin producirse tampoco novedades en la forma de poblamiento. Por el contrario, la irrupción árabe señala el comienzo de una nueva etapa. «La acción de los árabes —dice Vidal de La Blache— meridionalizó el Mediterráneo». «En estas comarcas, que en su estado primitivo harían a los orientales el efecto de una tierra de bosques y pastos, acabó por colocar en primer plano el vergel, la huerta, cuya vida pululante es debida al arte delicado que persas y árabes habían propulsado hasta la perfección». Los árabes aportaron nuevos cultivos (el naranjo y limonero, el algodón, el arroz, la caña de azúcar) y perfeccionaron el sistema de riegos, convertido en sus manos en un delicado e ingenioso artificio.

Sólo en las tierras del Mediterráneo meridional crearon los árabes un dominio estable. En la Península el límite de éste coincide con el del olivo, circunstancia ya notada por El Idrisi. En la Iberia húmeda no existió una efectiva dominación; cuando en la roca de Covadonga surge la reacción reconquistadora, la cuenca del Duero pasa pronto a convertirse en un desierto estratégico por el que avanzarán luego en líneas sucesivas las ciudades y castillos. Hay un momento en que las tierras que separa la frontera del olivo se hacen la guerra bajo el signo respectivo de la Cruz y de la Media Luna. Pero el equilibrio se rompe al fin del lado de las tierras del Norte, que en sucesivas oleadas, rechazando las que el África envía, rehacen la unidad cristiana.

Durante aquellos siglos de inquietud y desvelo, de polarización de energías en torno a la guerra, el género de vida tradicional de la Meseta, el pastoreo trashumante que exige un mínimo de brazos y atenciones, se constituye en la actividad económica dominante, y la oveja merina, venida del África Menor, constituye la clave de una riqueza y una institución, la Mesta, que desde el siglo XI al XVIII es factor decisivo en la caracterización geográfica de España.



Al comenzar los tiempos modernos, las navegaciones de españoles y portugueses restituyen al mundo la unidad de su figura. Los portugueses fijan la configuración del África y ayudados por los monzones abordan la India, desde donde se aventuran hasta los mares del Extremo Oriente. A los españoles estaba reservada la invención de un Mundo Nuevo, un inmenso continente, que en sus manos, como plástica arcilla, se modela y adquiere forma nueva.

Los descubrimientos fueron nuevo motivo de crecimiento y evolución. De América llegan nuevas especies vegetales, la pita y la chumbera, el maíz y la patata. Las dos primeras se adaptan perfectamente a las formas del paisaje mediterráneo. El maíz comienza a partir del siglo XVIII a ser elemento capital del paisaje cultivado en la Iberia húmeda. La patata, desde finales de ese mismo siglo va penetrando también en esa área y acaba por extenderse a toda la Península, allí donde existe la posibilidad de riego, reemplazando al lino, conforme éste retrocede. El oro americano produce nuevas determinaciones geográfico-históricas, aunque España perdió entonces la coyuntura para crear una potente industria. Sin embargo creció la demanda que de nuestros productos hacían los dominios americanos y con ello la industria y actividad comercial. En el siglo XVI, la población de la Península sería algo mayor de diez millones de habitantes, de los cuales 1.100.000 correspondían a Portugal. La Meseta y el valle del Guadalquivir constituían el área de mayor densidad humana y actividad económica. Fuera de Lisboa, Zaragoza, Barcelona y Valencia, todas las demás ciudades de población superior a 10.000 habitantes quedaban dentro de ésta. Sevilla, Córdoba, Valladolid y Toledo figuraban en cabeza. La industria textil, la más importante de entonces, tenía por capitales a Segovia, Toledo, Córdoba y Cuenca, para la lana, y para la seda, cuya tradición se remonta a la España árabe, Toledo, Talavera de la Reina, Valencia, Murcia, Almería, Granada y Málaga.

A lo largo del siglo XVII, por un complejo de causas, en cuyo análisis no podemos entrar, la decadencia se ha producido. A finales del siglo la población de España se puede cifrar en seis millones y en el siglo siguiente el Censo de Floridablanca de



1787 registra la existencia de 1.511 despoblados. Este mismo Censo, sin embargo, acusa los efectos de la restauración económica durante él lograda. La población de España pasa de los 10 millones y la densidad ha subido de doce a veinte habitantes por kilómetro cuadrado. Al mismo tiempo vemos ya iniciado el desplazamiento del área de densidad humana y económica del interior hacia la periferia, que se consume en el siglo siguiente.

Maduran en éste y en los primeros años del nuestro, esos potentes hogares de vida industrial constituidos en Cataluña y Vizcaya, al mismo tiempo que entran en explotación las reservas hulleras de la cuenca asturiana. Entre tanto en las huertas de Levante y en los llanos del Betis continua la tradición de rica agricultura, que en la segunda mitad del siglo XIX se enriquece con la naranja, que empieza a ser objeto de explotación económica y que en unión con otras frutas, el vino, el aceite y los minerales, constituye la base de nuestro comercio de exportación. En la región septentrional, el maíz, la patata, la huerta, los frutales y el prado ganan terreno a expensas del bosque, y el ganado vacuno es la mayor riqueza. Y en la Meseta, arruinados los privilegios de la Mesta y decaída nuestra cabaña lanar, se inicia el proceso de cerealización a expensas del bosque, del matorral y de los pastizales, impulsado por un régimen de protección aduanera que persigue la autarquía alimenticia de España y en primer lugar en el trigo. Aún en tiempos de Carlos IV, afirma Cabarrús que sólo se dedicaban al cultivo ocho millones y medio de hectáreas. Hoy son veinticinco, la mitad de la extensión superficial de España, lo cual unido a la degradación del bosque, convertido en matorral, pastizal o estepa, como formaciones subseriales, por la mano del hombre, mide la amplitud de la transformación por éste introducida en el medio natural.

La población crece a lo largo del siglo y especialmente en su segunda mitad. Al comenzar la centuria en curso, son ya dieciocho millones los habitantes de España y en cuatro décadas se rebasa la cifra de veintiocho, mientras que Portugal pasa de los siete. La población de dos ciudades, Madrid y Barcelona, pasa del millón de habitantes, Lisboa de 700.000, Valencia se aproxima al medio millón, Sevilla,



Zaragoza, Málaga, Las Palmas, Valladolid, Bilbao, Murcia, Granada, Córdoba, Santander, La Coruña, San Sebastián, pasan de los 100.000. El fenómeno de la concentración urbana y de la atracción del campo por la ciudad, se acentúa en toda la Península, al compás con el proceso de industrialización. Éste será estimulado en lo futuro por la construcción de nuevas empresas hidráulicas que, reteniendo y regularizando el caudal de nuestros ríos, permitan suplir nuestro déficit de combustibles minerales, a la vez que determinarán una nueva localización industrial, y de otra parte amplíen el área de los regadíos españoles a expensas del secano con elevación del índice de nuestra riqueza agrícola.

Son las de la Península tierras de una historia que cuenta por milenios. Paisaje amasado de tierra, y cultura: olivo centenario cuya raigambre se nutre de la hondura de la tierra y cuyo tronco y hojas han modelado ciclos de vientos y soles, de afanes y humana sabiduría. Pero a la vez reserva de originarias fuerzas y virtudes. Lo originariamente telúrico no ha sido totalmente eliminado del cuerpo y alma peninsulares. Paisajes hay que son pura geología o bosque primigenio, hombres de una pieza, de berroqueña compleción, cuyas aristas no han sido melladas por el roce de los tiempos, para quienes sigue teniendo validez la estimación que de sus virtudes hicieron los historiadores griegos y romanos. Es esta una rara capacidad de perduración que anima todas las creaciones del genio ibérico y que le ha permitido afirmar su personalidad al través de siglos, aceptando en cada momento aquello que era compatible con la fidelidad a su propio ser. Pese a la diversidad regional de tipos y temperamentos, una caracterización general es posible para el conjunto de los pueblos peninsulares. En ella figuran la sobriedad física y moral, el sentimiento de la personalidad individual, el sentido de la realidad y de la acción y a la vez el sentido caballeresco y religioso de la vida, con la preocupación por los problemas de Dios, del ser y la conciencia. Existe una genialidad ibérica cuyas raíces vienen de ese fondo originario y a cuya formación ha contribuido la aportación espiritual de los diversos pueblos y culturas para los que España ha sido crisol y fundente.